

JAZZ

Los calcetines rojos de Django

El universo jazzístico ha brindado innumerables y magníficas parejas de músicos a lo largo del siglo XX, pero ninguna de ellas tan extraña y maravillosa como la que formaron el guitarrista Reinhardt y el violinista Grapelli

Jacobo Iglesias

Django, un gitano belga de la etnia manouche, impuntual crónico, jugador empedernido, bebedor y manirroto, autodidacta e iletrado, orgulloso y soberbio pero de gran corazón; y Stéphane, un parisino de ascendencia noble italiana, rubio, elegante, de porte aristocrático y formación clásica, ahorrador, un tanto egoísta y puntual hasta la enfermedad. Django y Stéphane eran opuestos naturales, contrarios hasta en el más mínimo detalle. Ambos estaban humanamente en las antípodas, pero cuando se juntaban para tocar jazz parecían almas gemelas.

Poseían un virtuosismo idéntico, un swing innato que contagiaba a cualquiera que los escuchase, y una frescura en la ejecución de sus improvisaciones que nadie ha igualado todavía con sus respectivos instrumentos. Si pensamos que ochenta años después de que ambos fundaran el Quintette du Hot Club de France, Django continúa siendo el mejor improvisador de jazz que haya existido nunca con una guitarra acústica, y que Stéphane también lo es con el violín, es casi un milagro que el destino haya unido a estos dos seres tan dispares en la misma ciudad y la misma época: el París de los años treinta.

Django era muy presumido y celoso con su atuendo y la imagen que proyectaba. Siempre lo veremos perfectamente engominado, con algún colorido pañuelo atado al cuello, un sombrero de ala ancha, y ese característico y fino bigote en forma de acento circunflejo. Stéphane también era elegante y distinguido, pero de una forma mucho más clásica. En una de sus primeras actuaciones juntos, Django se presentó con

unos calcetines rojos y Stéphane, un poco avergonzado, le explicó que aquellos calcetines no combinaban en absoluto con el traje que llevaba. Django se enfadó y le dijo que a él le gustaba mucho cómo destacaba el rojo chillón por debajo de sus oscuros pantalones. **Django comenzó a tocar varios instrumentos cuando todavía era un niño. Con tan solo diez años tocaba el banjo con mucha destreza** esta extraña y egocéntrica pareja del jazz.

Como muchos virtuosos, Django comenzó a tocar varios instrumentos cuando todavía era un niño. Vivía en un carromato a las afueras de París, en un campamento gitano llamado La Zone. Con tan solo diez años tocaba el banjo con mucha destreza, y a los quince ya era todo un mito en el París de los años veinte. Los mejores acordeonistas de bal-musette se peleaban para que aquel muchacho y su banjo pasaran a formar parte de su orquesta en los clubs de baile.

La vida de Django como músico adolescente en las orquestas de París era más que prometedora, hasta que una noche, cuando tenía dieciocho años, su carromato se incendió accidentalmente y sufrió quemaduras de tercer grado en la mitad de su cuerpo.

Durante una larga temporada, los manouches agachaban la cabeza al cruzarse con Django en el campamento de LaZone. Y es quedaba pena verlo. El gran virtuos del banjo, el niño prodigio que había conquistado París con tan solo quince años, se había quemado la mano izquierda paralizándole dos dedos para siempre. Todos pensaban que su carrera como músico había terminado la noche del incendio, pero lo que sucedió fue precisamente todo lo contrario. Después de

unas semanas hospitalizado, y varios meses haciendo curas y rehabilitando una mano y una pierna que casi amputan, Django no solo se reinventó a sí mismo, sino también a la historia del jazz.

Alguien en el campamento de La Zone tuvo la ocurrencia de llevar una guitarra acústica al carromato de Django, y él comenzó a tocarla en secreto durante unos cuantos meses,

adaptando todos los acordes, las escalas y las digitaciones a la nueva forma de su lisiada mano izquierda. El resultado, en poco menos de un año, fue más que asombroso. La primera vez que Django volvió a pisar un club de baile y lo dejaron subir al escenario casi por lástima y respeto hacia su persona, se quedaron boquiabiertos con lo que era capaz de hacer con los dos únicos dedos hábiles que le quedaban.

Django tuvo que inventar una nueva forma de tocar, una nueva técnica y unas nuevas inversiones de acordes que buscaban acomodarse a una mano a medias. Para ello empleaba su maltrecha mano izquierda como bien podía, apoyando sus dos dedos paralizados a modo de cejilla, o elevando el pulgar por encima del mástil para tapan los bordones de la guitarra.

La readaptación que hizo de todos los acordes, las escalas y los arpeggios le dio una sonoridad única, muy potente y fresca, inconfundible, y que se elevaba sin esfuerzos por encima del sonido de cualquier banda.

Django solo era capaz de tocar con los dedos más fuertes de su mano izquierda, el índice y el medio, razón por la cual sus solos adquieren una fuerza y una dinámica especial, con una sonoridad muy enérgica. Tal vez la más enérgica de cuantas se hayan co-

Django y Stéphane estaban humanamente en las antípodas, pero cuando se juntaban para tocar jazz parecían almas gemelas.

LA OPINIÓN



nocido en el jazz. La furia y la rapidez con la que Django atacaba la guitarra le llevaba a romper muchas cuerdas, y cuando esos dos dedos echaban a correr sobre el mástil parecía como si Pixie y Dixie hubieran comenzado una alocada persecución de escalas y arpeggios entre los trastes. Y es que

Django era un guitarrista de dibujos animados. Según han afirmado muchos testigos, además del propio Grapelli, nadie ha visto jamás a Django fallar una sola nota. Sus solos de guitarra, totalmente improvisados, parecían

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE ►



infinita escuela de guitarristas por todo el mundo como Stochelo Rosenberg o Bireli Lagrene. Aquella noche en la que se incendió su carramato en La Zone, murió el joven y virtuoso banjoista de bal-musette, pero nació la leyenda de la guitarra de jazz.

Cuando Django cumplió 24 años decidió que había llegado el momento de formar su propia banda. El formato elegido fue tan atípico como acertado. Se trataba de una formación que no tendría batería, pero sí la sección rítmica de cuerda más potente que haya conocido el jazz: tres guitarras acústicas y un contrabajo. Solo necesitaban encontrar a otro solista para que fuera el contrapunto de Django, alguien que añadiera un poco de color y de temperatura a ese fabuloso cuarteto de cuerda. Y ahí es donde aparece el aristocrático Stéphane Grapelli con su violín debajo del brazo y un swing impecable en el arco, para fundar, en 1934, el mítico Quintette du Hot Club de France, una de las mejores bandas de jazz de todos los tiempos.

Después de unos cuantos años grabando varias docenas de obras maestras, la II Guerra Mundial separó a Reinhardt y Grapelli

Después de unos cuantos años grabando varias docenas de obras maestras, la II Guerra Mundial separó a nuestra extraña pareja por un tiempo. Stéphane se quedó atrapado en Londres y Django en el París de la ocupación. Continúa siendo un misterio la razón por la que el genocidio manouche que cometieron los nazis no afectó a Django. Lo cierto es que sobrevivió en la Francia ocupada, y en el año 46 se reunió de nuevo con Stéphane para grabar otra serie de clásicos gracias a la mediación del famoso crítico de jazz Robert Delaunay.

La vida de Django fue tan libre como su música. Recorrió Francia y Europa de arriba abajo como si fuera el mástil de la guitarra en uno de sus alocados e improvisados solos. Derrochaba el dinero tan rápido como lo ganaba, amaba los coches y la velocidad, y siempre volvía a dormir a su carramato a pesar de ser el músico mejor pagado de su época.

Django fue admirado por todos los grandes del jazz americanos y en 1946 Duke Ellington decidió contratarlo para realizar una gira por los Estados Unidos que no salió como Django esperaba. Y tal y como finalizaba cualquiera de sus extraordinarios solos, la vida de Django terminó de repente a los 43 años. Sin duda, el jazz nos ha dejado extraordinarias parejas de músicos y un montón de guitarristas geniales, pero ninguno de ellos se ha atrevido todavía a vestir aquellos calcetines rojos de Django.

► VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

estar escritos en partitura; tal era la perfección con la que encajaban todos los motivos que se le iban ocurriendo sobre la marcha. Tenía una sonoridad totalmente única y reconocible, llena de acordes de novena, arpeggios in-

finitos, delirantes carreras por el mástil, octavas, armónicos, glissandos...

Nadie ha tocado ni podrá tocar nunca como Django, tal vez, y paradójicamente, por tener algo de lo que él carecía: una mano completa. Su sonido, su técnica y sus ideas son inimitables, y creó una